

Aula Magna, Colegio Nacional de Buenos Aires – Jueves 24 de noviembre de 2005

Acto por el vigésimo aniversario de egresados de la promoción 1985

No sé bien qué hago acá arriba. Supongo que tiene que ver con mi cercanía con la organización de este evento (y nótese que hablo de cercanía porque no podría decir con convicción que organicé algo, cuando en realidad fueron Fernando “Nono” Porcelli – como gran líder – y Alejandro “Lalo” Muner, los verdaderos motores de esta celebración).

Y entonces estoy acá arriba sólo porque el Nono y Lalo me ofrecieron decir unas palabras “en representación” del turno tarde. Aunque resulta de alguna manera injusto que alguien se arroge representatividad o pretenda resumir los pensamientos y sentimientos de un grupo tan grande de gente como éste. Sobre todo porque seguramente hay mentes mucho más lúcidas ahí en la platea, y que podrían expresar mucho mejor que yo lo que hoy sentimos.

Pero aquí estamos, así que voy a hacer mi mejor esfuerzo para decirles algo más colectivo que personal, aunque estoy seguro que si hablara en lo personal estaría quizás también expresando un sentimiento colectivo, simplemente porque nos criamos juntos, acá en el Colegio, y por aquello de Walt Whitman de “*Me celebro y me canto a mí mismo / Y lo que yo diga ahora de mí, lo digo de ti, / Porque lo que yo tengo lo tienes tú / Y cada átomo de mi cuerpo es tuyo también*”.

(y les pido mil disculpas por haber remitido a uno de los versos seguramente más citados de la historia contemporánea después del “...no me importó porque yo no lo era” de Bertolt Brecht)

Pensando un poco en ese hilo conductor que nos une a todos, hace pocos días me dio una buena pista el politólogo Giovanni Sartori cuando, en su discurso al recibir el premio Príncipe de Asturias, se definió a sí mismo como un “*animal curioso*”. Y me pareció una feliz expresión para incluirnos a todos. Porque en esto nos transforma el colegio. En animales curiosos.

Y es interesante que esta definición excluya toda soberbia. Porque ser un animal curioso no remite a supuestas capacidades extraordinarias, ni a una inteligencia superior, ni a mentes preclaras ni a talentos fuera de lo común.

Animal curioso refiere pura y simplemente al hambre de saber, de conocer, de experimentar (que no deja de ser una excelente definición de “ser humano”).

A algunos nos puede haber costado muchísimo transitar por estas aulas y llegar sanos y salvos a sexto año (o a cuarto, o a quinto), a otros seguramente más capaces les resultó más fácil el paso por el colegio. Pero una lección que ninguno de nosotros olvidará jamás es que la perseverancia, el esfuerzo, la voluntad, el hambre de saber y la solidaridad rinden frutos. Estas son lecciones, principios, valores que nunca olvidaremos.

Y este hilo conductor, además de algunos otros, es lo que nos da el placer de ir encontrándonos por la vida, en lo profesional y en lo personal, con compañeros que, aún dedicados a las "carreras clásicas", nos sorprenden con su afición por los más diversos conocimientos sobre música, cine, literatura, política, historia y, desde ya, con un enorme bagaje de lo que podemos llamar – les aseguro que si ningún tipo de menosprecio – "conocimientos inútiles", que son los que, personalmente, me dan más placer. Ese dato bobo o irrelevante es el que más gusto me da cuando algunos de nosotros nos encontramos por la vida. Por "conocimiento inútil" quiero decir ese dato escondido en algún rincón del cerebro que en el momento oportuno saca la carta ganadora en el "Trivial", o nos habilita a responder correctamente las preguntas de algún programa de TV desde casa con el control remoto en la mano, o que nos permite regodearnos con pavaditas y reírnos toda la noche (aunque en alguna ocasión esos "conocimientos inútiles" fueron la diferencia entre un 8 y un 10 en la facultad, o ganar un puesto luego de una entrevista laboral en la que, gracias a ese dato "inservible", impresionamos a nuestro interlocutor). Recuerdo en este orden de ideas al Profesor Mullman, que en las pruebas de botánica nos ponía tres preguntas de cultura general que valían el mismo puntaje que las de su materia (se supone que, a los fines de la botánica, la "cultura general" es irrelevante. Con el tiempo aprendimos que no es así, y que nada es irrelevante en el conocimiento).

Este nexo invisible que nos une es también el que, en una reunión laboral o en un cumpleaños, hace que le preguntemos a un ilustre desconocido con quien estuvimos por casualidad conversando un rato: "¿vos fuiste al colegio?", y acertar. A mí me pasó infinidad de veces.

Lo otro que puedo decir del colegio y de ustedes es que yo aprendí mucho no sólo de mis profesores, sino de mis compañeros. El talento de ustedes me obligó a mejorarme a mí mismo. De ustedes aprendí a debatir con argumentos, a respetar las ideas del prójimo, a amar y valorar la democracia y sus diferentes colores. Y lo de la democracia no era moco de pavo. Recuerden la mala época en la que ingresamos al colegio, y la felicidad con que festejamos la llegada de la democracia, todos con ideas diferentes, encontradas, pero felices.

Cambio de tema:

Este tipo de festejos nos enfrenta con un espejo. Muchachos y muchachas: son 20 años de egresados. La mitad de la vida. Llegamos. Ese día que nos parecía tan lejano está acá, y nos enfrentamos a lo que hicimos y, sobre todo, a lo que no hicimos en la vida.

En el intercambio de correos electrónicos que mantuvimos con más de una veintena de compañeros y compañeras de la 10ma división, salieron algunos comentarios muy divertidos y que transmitían muy vivamente la presión que muchos sentían por tener que enfrentarse cara a cara con gente con la que nos criamos, pero a la que en muchos casos no veíamos desde hacía 20 años.

Las chicas decían que estaban más nerviosas que en su primer asalto, que iban a comer sólo calabaza hasta que llegara el día de hoy, algunas se lamentaban de no haber hecho dieta y otras nos advertían que ya no eran las mismas, que el cuerpo juvenil y las caderas bien torneadas no perdonan el nacimiento de 2 ó 3 hijos, y que se habían caído algunas cosas que antes estaban bien arriba.

Los varones también advertíamos virtualmente que se nos habían volado algunas chapas, que teníamos unas panzas apreciables, que las canas habían hecho estragos, etc.

Incluso algunos abrieron su intimidad e hicieron referencia a problemas laborales o personales.

Pero nada de eso importa. O mejor dicho, todo eso importa.

Importa porque nadie abre así su corazón y sus sentimientos si no se siente contenido, en familia.

Y no importa porque nadie está acá para tomarle examen a nadie.

No importa si uno se bajó de una limousine y otro de un bondi.

No tenemos nada que demostrarnos los unos a los otros.

Keith Richards tiene un muy lindo tema que canta con Tom Waits, que habla de no perder “ese sentimiento”, y dice algo así como: *“Si hay algo que no puedes perder / Es ese sentimiento / (puedes perder) Tus pantalones, tu camisa, tus zapatos / Pero no ese sentimiento / Puedes arrojarlo afuera, bajo la lluvia / Puedes azotarlo como a un perro / Puedes tirarlo abajo como a un viejo árbol muerto (...) / Puedes tirarlo de un puente / Puedes perderlo en un incendio / Puedes dejarlo en el altar / Pero te transformará en un mentiroso (...) / Si hay algo que no puedes perder / Es ese sentimiento...”*.

Y eso es lo único que sí importa. Se me ocurre, y perdón por la modesta ambición, que a pesar de los éxitos y fracasos (ambos son siempre engañosos), alcanza, como dice Richards, con que no hayamos perdido ese *sentimiento*.

Los veo hoy a ustedes ahí sentados, veinte años después, y quiero creer que no han perdido ni uno solo de los sueños que tenían cuando estaban sentados en este mismo lugar con el jumper largo y las dos colitas, o el blazer azul y el pelo a dos dedos de la camisa en los tiempos infelices, o con el pelo bien largo los varones y las polleras bien cortas las chicas en los felices días del retorno de la democracia.

Alcanza con saber que los sueños que lograron cumplir les dan felicidad y no soberbia.

Que no bajaron los brazos y que están dispuestos a dejar la vida por alcanzar los sueños que aún no lograron.

Que no se rindieron.

Que están siempre atentos a inventarse nuevos sueños.

Alcanza con saber que aún son esos chicos y chicas curiosos a los que todo les sorprende y divierte.

Que todavía son capaces de quedarse hasta la madrugada leyendo un libro, de mirar una película con ojos asombrados, de conversar la noche entera con amigos, de pelear un amor, de luchar cuerpo a cuerpo contra una injusticia, de apasionarse por una idea.

Alcanza con saber que todavía sueñan con un país mejor para nuestros hijos, y que hacen algo por lograrlo.

Que no se convirtieron en fríos animales pragmáticos, y que todavía creen en alguna utopía, aún a riesgo de darse la jeta contra la pared.

En definitiva, alcanza con que sigamos siendo del Colegio.

Néstor Baragli
(10ma división, promoción 1985)